



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 9 ISSUE 3

1 DE MARZO DE 2,017

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15



Dr. Eddie Ildelfonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Executive Vice President and Dean of
Covington Theological International Studies*

Todo por Gracia

Unas palabras trascendentales para quienes están buscando la salvación por medio del Señor Jesucristo

El Justo y el que justifica

Hemos visto al impío justificado y hemos considerado la grandiosa verdad que solamente Dios puede justificar a alguien; ahora damos un paso adelante y hacemos la pregunta: ¿Cómo puede un Dios justo justificar a los hombres culpables? En [Romanos 3:21-26](#) nos encontramos con una respuesta completa. Leeremos seis versículos de este capítulo para captar el sentido del pasaje:

Romanos 3:21-26 (LBLA)

²¹ Pero ahora, aparte de la ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, atestiguada por la ley y los profetas;

²² es decir, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay distinción;

²³ por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios,

²⁴ siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús,

²⁵ a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe, como demostración de su justicia, porque en su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente, ²⁶ para demostrar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús.

Permítanme aquí que comparta con ustedes un poco de mi experiencia personal. Cuando me encontraba bajo la mano del Espíritu Santo, bajo convicción de pecado, tuve un sentido agudo y claro de la justicia de Dios. El pecado, independientemente de lo que pudiera ser para otras personas, se convirtió para mí en una carga intolerable.

No se trataba tanto de que temiera al infierno, sino más bien de que temía al pecado. Yo me reconocía tan horriblemente culpable, que recuerdo que sentía que, si Dios no me castigaba por el pecado, tenía que hacerlo. Sentía que el Juez de toda la tierra debería condenar un pecado como el mío. Yo estaba sentado en el banquillo de los acusados, y yo mismo me condenaba a perecer, pues confesaba

que si yo hubiese sido Dios no habría podido hacer otra cosa que enviar a una criatura tan culpable como lo era yo, hasta el más bajo infierno.

Todo el tiempo tenía en mi mente una profunda preocupación por la honra del nombre de Dios, y la integridad de Su gobierno moral. Sentía que no satisfaría mi conciencia que yo pudiera ser perdonado injustamente. El pecado que yo había cometido debía ser castigado. Pero entonces estaba la pregunta de cómo Dios podía ser justo, y, sin embargo, justificarme a mí, que había sido tan culpable.

Le preguntaba a mi corazón: “**¿Cómo puede ser Él el justo y el que justifica?**” Yo estaba preocupado y abrumado por esta pregunta; tampoco podía ver alguna respuesta a la misma. Ciertamente, no habría podido inventar nunca una respuesta que hubiera satisfecho a mi conciencia.

Para mi mente, la **doctrina de la expiación** es una de las pruebas más seguras de la inspiración divina de la Santa Escritura. **¿Quién habría pensado o podría haber pensado que el Gobernante justo muriera por el rebelde injusto?** Esta no es ninguna enseñanza de la mitología humana, ni un sueño de la imaginación poética. Este método de expiación es conocido únicamente entre los hombres debido a que es un hecho; la ficción no podría haberlo inventado. Dios mismo lo ordenó; no es un asunto que habría podido ser imaginado.

Desde mi infancia había escuchado el plan de salvación por el sacrificio de Jesús; no sabía nada más acerca de Él en lo más íntimo de mi alma que si hubiera nacido y crecido como un salvaje. La luz estaba allí, pero yo estaba ciego; era absolutamente necesario que el propio Señor me aclarara el asunto. Me llegó como una nueva revelación, tan fresca como si no hubiese leído nunca en la Escritura que Jesús fue declarado ser la propiciación por los pecados para que Dios fuera justo. Yo creo que tiene que venir como una revelación a cada hijo de Dios nacido de nuevo, para que pueda verlo: me refiero a esa gloriosa doctrina de la sustitución hecha por el Señor Jesús.

Yo llegué a entender que la salvación era posible **por medio del sacrificio vicario**; y que se había hecho una provisión en la primera constitución y arreglo de las cosas para tal sustitución. Fui conducido a ver que **Aquel** que es el **Hijo de Dios, co-igual, y co-eterno con el Padre**, había sido hecho desde tiempos antiguos la cabeza del pacto de un pueblo escogido para que, en esa capacidad, sufriera por

ellos y los salvara.

En vista de que nuestra caída al principio no fue una caída personal, pues nosotros caímos en nuestro representante federal, el primer Adán, se volvió posible que fuéramos recuperados por un segundo representante, por **Aquel** que había asumido ser la cabeza del pacto de Su pueblo, a fin de ser el segundo Adán de ellos. Vi que antes de pecar de hecho, yo había caído por el pecado de mi primer padre; y me alegré porque, por ello, se volvió posible, desde el punto de vista de la ley, que fuera vivificado por esa segunda cabeza y representante.

La caída por culpa de Adán dejó una posibilidad de escape; otro Adán puede restaurar la ruina desatada por el primero. Cuando yo estaba ansioso acerca de la posibilidad de que un Dios justo me perdonara, entendí y vi por fe que Quien es el Hijo de Dios se hizo hombre, y en Su propia bendita persona llevó mi pecado en Su propio cuerpo en el madero. El castigo de mi paz fue sobre Él, y por Su llaga fui yo curado.

Querido amigo, *¿has visto eso alguna vez? ¿Has entendido alguna vez cómo Dios puede ser completamente justo puesto que no remite el castigo ni embota el filo de la espada, pero puede ser infinitamente misericordioso y justificar al impío que se vuelve a Él?* En razón de que el Hijo de Dios, supremamente glorioso en Su persona inigualable, asumió vindicar la ley soportando la sentencia que me correspondía, Dios puede pasar por alto mi pecado. La ley de Dios fue más vindicada por la muerte de Cristo de lo que habría sido si todos los transgresores hubieran sido enviados al infierno. Que el Hijo de Dios sufriera por el pecado era un arreglo más glorioso, establecido por el gobierno de Dios, que el hecho de que toda la raza sufriera.

Jesús ha soportado la pena de muerte en lugar nuestro. **¡Contempla el prodigio! ¡Allí cuelga sobre la cruz!** Esta es la más grandiosa visión que podrías ver jamás. Hijo de Dios e Hijo de Hombre, allí está colgado, soportando dolores inenarrables, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. **¡Oh, la gloria de esa contemplación! ¡El inocente castigado! ¡El Santo condenado! ¡El Siempre bendito hecho una maldición! ¡El infinitamente Glorioso condenado a una muerte vergonzosa!**

Entre más contemplo los sufrimientos del Hijo de Dios, más seguro estoy de que han de saldar mi caso. **¿Por qué sufrió sino para librarnos del castigo?** Si El nos libró del castigo por Su muerte, entonces el castigo ha sido eliminado, y quienes creen en Él no

han de temer el castigo. Tiene que ser así, ya que, puesto que se hace la expiación, Dios perdona sin conmovier las bases de Su trono, ni transgredir en lo más mínimo el libro de los estatutos. La conciencia recibe una respuesta completa a su tremenda pregunta.

La ira de Dios en contra de la iniquidad, cualquiera que ésta sea, ha de ser terrible más allá de toda concepción. Bien dijo Moisés: **“¿Quién conoce el poder de tu ira?”** Sin embargo, cuando oímos clamar al Señor de gloria: **“¿Por qué me has desamparado?”**, y le vemos entregar el espíritu, sentimos que la justicia de Dios ha recibido abundante vindicación por una obediencia tan perfecta y una muerte tan terrible, ejecutada y sufrida por una persona tan divina.

Si Dios mismo se inclina delante de Su propia ley, **¿qué más podría hacerse?** Hay mucho más en la expiación por vía de mérito, de lo que hay en todo el pecado humano por vía de demérito. El gran golfo del sacrificio amoroso, personal y voluntario, de Jesús, puede tragar las montañas de nuestros pecados, todas ellas. A causa del bien infinito de este especial Representante, el Señor puede mirar con favor a otros hombres, por indignos que sean, en y por sí mismos.

Fue un milagro de milagros que el Señor Jesucristo estuviera en lugar nuestro y **“Soportara, para que no tuviéramos que soportar jamás La justa ira de Su Padre”**. Pero Él lo hizo. **“Consumado es”**. Dios perdona al pecador porque no perdonó a Su Hijo. Dios puede pasar por alto tus transgresiones porque puso esas transgresiones sobre Su unigénito Hijo hace casi dos mil años. Si crees en Jesús (ése es el punto), entonces tus pecados son cargados y llevados lejos por Aquel que fue el macho cabrío expiatorio (Azazel) por Su pueblo.

¿Qué es creer en Él? No se trata de decir simplemente: **“Él es Dios y Salvador”**, sino se trata de confiar en Él plena y enteramente, y tomarle como toda tu salvación a partir de este momento y para siempre: tu Señor, tu Amo, tu todo. Si tú quieres tener a Jesús, Él ya te tiene a ti. Si crees en Él, yo te digo que no puedes ir al infierno, pues eso haría que el sacrificio de Cristo no tuviera efecto.

No puede ser que un sacrificio sea aceptado, y, sin embargo, que el alma de aquel por quien se presentó ese sacrificio, muera. Si el alma creyente es condenada, entonces, **¿cuál es el propósito de un sa-**

crificio? Si Jesús murió en lugar mío, **¿por qué habría de morir yo también?** Cada creyente puede reclamar que el sacrificio fue efectivamente realizado a favor suyo: por fe, él ha puesto sus manos sobre el sacrificio, y se ha apropiado de él, y, por tanto, puede tener la certeza de que nunca perecerá.

El Señor no recibiría esta ofrenda a favor nuestro para luego condenarnos a morir. Dios no puede leer nuestro perdón escrito en la sangre de Su propio Hijo para luego herirnos de muerte. Eso sería imposible. **¡Oh, que te sea otorgada gracia de inmediato para que mires a Jesús y para que comiences por el principio, para que comiences en Jesús, que es el manantial de la misericordia para el hombre culpable!**

“Él justifica al impío”. **“Dios es el que justifica”**, por tanto, y solamente por esa razón, puede hacerse y lo hace por medio del sacrificio expiatorio de Su divino Hijo. Puede hacerse justamente, puede ser realizado tan justamente que nadie lo cuestionaría jamás, puede ser hecho tan integralmente que, en el último día tremendo, cuando el cielo y la tierra pasen, no habrá nadie que niegue la validez de la justificación. **“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió. ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.”**

Ahora, ¡pobre alma!, **¿quieres entrar en este bote salvavidas, tal como eres?** ¡Aquí hay salvación del naufragio! Acepta la segura liberación. “No tengo nada conmigo”, -dices tú. No se te pide que traigas algo contigo. Los hombres que escapan para salvar sus vidas están dispuestos a dejar incluso sus vestidos. Salta al bote, tal como eres.

Te diré esto acerca de mí para animarte. Mi única esperanza del cielo se basa en la plena expiación hecha en la cruz del Calvario por los impíos. Yo me apoyo en ella firmemente. No tengo ni sombra de una esperanza en ninguna otra parte. Tú estás en la misma condición en que yo estoy, pues ninguno de los dos tenemos nada propio que sea digno de ser considerado como una base de confianza.

Juntemos nuestras manos y quedémonos juntos al pie de la cruz, y confiemos nuestras almas, de una vez por todas, a Aquel que derramó Su sangre por los culpables. Nosotros seremos salvados por el único y el mismo Salvador. Si tú pereces confiando en Él, yo he de perecer también. ¿Qué más podría hacer para demostrar mi propia confianza en el Evangelio que expongo ante ti?

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)

Nuestra “búsqueda” de Dios

Salmo 27:8 (LBLA)

⁸ “*Cuando dijiste: “Buscad mi rostro”, mi corazón te respondió: Tu rostro, SEÑOR, buscaré*”.

En el texto de hoy el salmista comparte un importante dato acerca de la forma que se produce en nosotros la manifestación de la vida espiritual. Una de las secuelas que ha dejado el pecado en nosotros es que nos ha llevado a considerar que somos los protagonistas de todo lo que acontece a nuestro alrededor. Nuestra perspectiva egoísta nos ubica en el centro de la realidad en la cual estamos insertos. Nos cuesta concebir la vida sin nuestra participación en ella, entender que el mundo se mueve en forma absolutamente independiente de nuestra existencia.

Este concepto es el que más entorpece nuestro desarrollo espiritual, pues insistimos en creer que somos nosotros el “motor” que impulsa nuestra devoción. Nuestra perspectiva distorsionada nos ubica en el plano que realmente le corresponde a Dios y por esta razón perdemos mucho tiempo intentando lograr cosas que no son nuestra responsabilidad. Me explico: nuestra perspectiva de la vida espiritual es que nuestro acercamiento a Dios depende de nuestro propio esfuerzo. Al no poseer la disciplina suficiente como para cultivar una relación profunda y prolongada, nos desanimamos. “Yo busco a Dios”, nos lamentamos, “pero no consigo entablar una relación significativa con él”. Nos condenamos por nuestra falta de devoción y realizamos interminables promesas de comenzar de nuevo. Pero nuestra actividad siempre termina en el mismo lugar: ¡alcanzar al Señor parece cosa tan difícil!

El salmista, que no poseía la comprensión de la obra del Espíritu que tenemos nosotros, da testimonio de que escucha en su corazón un mensaje: “Buscad mi rostro”. Esta voz interior no es más que la voz misma de Dios, pues las palabras están expresadas como una invitación divina. Como resultado de haber percibido este convite el salmista responde y pasa a disfrutar del encuentro con la persona de Dios. Note cuán sencillo es el proceso y cuán fácil es «encontrar» al Señor con este procedimiento. La sencillez se debe, precisamente, al hecho de que es Dios mismo el que nos está buscando, ¡mucho antes

de que nosotros hayamos elaborado nuestro proyecto para alcanzarlo a él!

¿En qué consiste, entonces, esta relación con el Señor? ¿Cuáles son las dinámicas que gobiernan estos encuentros espirituales? En primer lugar, debemos echar por la borda nuestras propias técnicas y metodologías para entablar una relación con él. No somos nosotros los que impulsamos la relación, sino él. Es necesario que nos relajemos y permitamos que él nos seduzca con sus invitaciones. Para esto debemos aprender a aquietar el bullicio interior que acompaña nuestra existencia cotidiana. El Padre anhela esa relación con nosotros y buscará, de mil maneras diferentes, compartir ese mismo mensaje que impartió al salmista: “buscad mi rostro”.

Si lográramos entender que él insiste todo el tiempo en acercarse a nosotros, percibiríamos que todo nuestro esfuerzo es innecesario. No tenemos que salir a buscarlo, porque él ha salido a buscarnos a nosotros. En esa actitud de quietud interior podremos comenzar a escuchar las seductoras invitaciones que nos hace y podremos responder: “tu rostro buscaré, Jehová”.

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)


Para pensar:

No hemos sido llamados a encontrar a Dios, sino a dejarle a él que nos encuentre

Covington
 Dr. Steve Sullivan, President
Theological Seminary
Conservative in Theology : Liberal in Love and Service

Quality education through home study for those who cannot attend a campus setting.

Associate, Bachelor, Master and Doctorate Degrees offered



Areas of study Available:

- Theology
- Bible
- Pastoral
- Christian Education
- Counseling
- Music
- Ethnic Studies

Accredited by ACI

**Training Leaders
 Impacting Eternity**

For more information contact us today: P.O. Box 176, Rossville, GA, 30741
 Located at 118 Cross St, Fort Oglethorpe, GA, 30742
 Ph: 706-866-5626 Fax 706-861-3550 Email: registrar@covingtonseminary.org

To request a catalogue give us a call or email: info@covingtonseminary.org

International Extension Schools

The North Andros Bible Institute
 Barbados, Bahamas
 Covington Theological Seminary of Brazil
 Rio de Janeiro, Brazil
 Covington Theological Seminary of Chile
 Talagante Santiago, Chile
 The Ghana Baptist Institute & Bible College
 Accra, Ghana
 Covington Theological Seminary of Honduras
 Tegucigalpa, Honduras
 Covington Theological Seminary of Gudiwada
 Krishna-Andhrapradesh, India
 The International Extension of Indonesia
 Jakarta, Indonesia
 Covington Theological Seminary of Indonesia
 Papua, Indonesia
 Blue Mountain Baptist Bible College
 Ogbomosho, Oyo State, Nigeria
 Covington Theological Seminary of Pakistan
 Lahore, Pakistan
 Covington Theological Seminary of the Philippines
 Bohol, Philippines
 Covington Theological Seminary of Romania
 Susani, Romania
 Covington Theological Seminary of South Africa
 Johannesburg, South Africa
 Covington Theological Seminary of Zimbabwe
 Victoria Falls, Zimbabwe

*West Los Angeles
 Living Word Christian Center*



6520 Arizona Avenue
 Los Angeles, CA 90045 USA
 (310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
 Web Site: www.wlalwcc.org